

escribió los cuarenta libros de su admirable obra. Ya se comprende la influencia que este género *histórico patético* tendrá en el plan y en la ejecución de la obra. Sin embargo, no son éstos para negarle valor histórico, antes se le debe mirar como un complemento del libro primero, algo así como S. Juan como complemento de los sinópticos.

A la luz de estos principios, el P. Abel nos ha redactado su comentario. Al texto griego acompaña una versión en francés, y luego el comentario con todos los recursos que puede suministrar la literatura antigua y la investigación moderna, el perfecto conocimiento del terreno en que los hechos se desarrollan, y los trabajos más modernos que pueden contribuir a ilustrar la historia de los Macabeos. Tenemos, en suma, una obra que honra la Exegesis Católica. •

FR. A. COLUNGA, O. P.

GIOVANNI RINALDI, C. R. S.: *Daniele en La Sacra Biblia XIII*, 3. Torino, Marietti, 1947. 247 × 173 mm. (6) + 137 + (8) págs., 350 liras.

Se echan mucho de menos buenos comentarios católicos, completos y puestos al día, del libro de Daniel. Felizmente a la obra fundamental, en latín, del P. Linder, S. I., *Commentarius in librum Daniel*, en el *Cursus Scripturae Sacrae*, París, 1939. y al óptimo y conciso trabajo, en alemán, de J. Goettsberger, *Das Buch Daniel*, en la Biblia de Bonn (*Die heilige Schrift des A. T.*), 1928, se juntaron en 1947, para ir llenando el vacío, dos nuevos comentarios: uno, en francés, de L. Dennefeld, en *La Sainte Bible*, de Pirot-Clamer, tomo VII, París; otro, en italiano, de cuya recensión nos ocupamos.

Forman la *materialidad del libro* que reseñamos: 1.º La *Introducción* (pp. 1-25), con las cuestiones propias del caso: Noticias generales, problemas críticos en torno al libro de Daniel, aspecto lingüístico, origen del libro, partes deuterocanónicas, texto y versiones; historia, biografía, leyenda; profecía y apocalipsis; canonicidad y bibliografía. 2.º El *cuerpo de la obra* (pp. 26-135), cuyas características principales son: a) En la parte superior de las páginas pares, *versión italiana* de los textos originales, y frente por frente, el texto de la *Vulgata*, según la edición de Gramatica, de ordinario en cursiva, mas en tipo redondo cuando la versión latina es muy diferente del original. b) Debajo, respectivamente, de la versión italiana y de la *Vulgata* sendos *aparatos críticos*, justificativo el primero de la versión adoptada, mientras el segundo, muy completo, tiende a poner de manifiesto las características y el lenguaje de la *Vulgata*. c) El *comentario*, a dos columnas y en tipo más pequeño, pero claro, ocupa la parte inferior, y en conjunto, por término medio, la mitad de ambas páginas; dividido con títulos y subtítulos, se desarrolla en forma continuada por versículos. 3.º Ocho páginas de *ilustraciones*.

De notar que las *cuestiones particulares* de cierta monta se tratan en notas aparte—diez—, en el lugar correspondiente. Hélas aquí: Daniel y la historia (página 27); los «reinos» de Dan. 2 (p. 40); el rey Baltasar (p. 66); las circunstancias de la caída de Babilonia y Darío el Medo (p. 72); sobre la visión del

Hijo del Hombre (p. 84); los reinos y el pequeño cuerno (p. 89); el pequeño cuerno y los imperios en el libro de Daniel (p. 95); interpretación de las setenta semanas (p. 104); Antioco IV en Daniel (p. 120); las profecías de los capítulos 2, 7, 8, 9, 10-12 (p. 124).

Además se pone fin al comentario de la mayor parte de capítulos (1-8, 13-14) con unas *Observaciones*, de extensión desigual, sobre el fin o carácter general del capítulo (cap. 1, 2, 7, 8, 13, 14) o sobre el carácter histórico del mismo (cap. 3-6).

La recensión más exigente debe reconocer en el autor por lo menos dos cualidades: a) *Preparación*, excelente y profunda para la obra que nos ha dado, demostrada a cada paso de la introducción y comentario en el conocimiento y alegación concienzuda de los Santos Padres, de la historia y autores profanos, de las sentencias de los autores modernos, etc. b) *Honradez* científica, en el sentido que suele aducir las sentencias contrarias a la propugnada en su obra, con los argumentos respectivos, admitiendo también su probabilidad.

Es que la exposición del libro de Daniel encierra muy *serias dificultades*. Y no debe extrañarnos que los mismos autores católicos de nuestros días no estén de acuerdo entre sí, cuando tampoco los Santos Padres lograron ver todos de la misma manera. Claro que es de lamentar que en un libro como el de Daniel, lleno todo él de enseñanzas, se deba pasar casi la mitad del tiempo en la exposición de sentencias. Pero, de momento, quizá no se pueda hacer otra cosa. ¿Dará esto luz? Esperemos que sí. Porque nunca fué cosa buena el desaliento, como sería pésima cosa el no apreciar los esfuerzos de quien sinceramente y con gran fatiga busca la luz. Estos mismos sanos deseos animan al autor de la recensión cuando consigna puntos de vista que discrepan de los mantenidos por el autor de la obra.

Uno de los graves problemas que presenta Daniel es el *origen* del libro. Es problema real, que sugiere la simple lectura del libro con su mosaico de lenguas (hebreo, arameo, griego). No es problema resuelto ni mucho menos. Consignemos brevemente, sin comentario por ahora, las conclusiones a que llega P. Rinaldi: La primera parte, histórica (cap. 1-6), por su contenido puede remontar bien a la época babilónica; pero literariamente fué escrita hacia principios del s. III, sin que sepamos si se usaron o no fuentes escritas y en qué medida. La segunda parte, profética (cap. 7-12), reproduce material antiguo, de época babilónica, cuyo autor —nada nos permite desmentir la tradición— fué el mismo Daniel; mas fué retocada posteriormente. Dió unidad a la obra un solo individuo, autor y redactor al mismo tiempo, de la redacción o composición de la primera parte, versión del capítulo 7, nueva elaboración de los capítulos 8-12, adición de las fórmulas de introducción y conclusión, etc. Y así el libro, como le tenemos ahora, estaba ya compuesto en época anterior a los Macabeos, quizá hacia el año 300 a. de J.; mas sin excluir posibles manipulaciones posteriores, especialmente allí en donde las profecías presentan más aspecto de historia que de vaticinio (pp. 12-15). Sobre las partes deuterocanónicas poco nos aclara R.

En las *narraciones históricas* nuestro comentario, admitiendo la historicidad, conforme al sentido obvio del texto (p. 17), establece, por decirlo así, tres conclusiones: 1.ª Que en muchos casos es preciso contentarse con el reconocimiento solamente de la exactitud histórica de los datos que la narración ofrece, siendo im-

posible comprobar, por medio de la historia profana, el hecho en sí (e. gr.: pp. 73, 78, etc.). 2.<sup>a</sup> Que las dificultades suelen nacer de la deficiencia en las informaciones que nos dan las fuentes (p. 17). 3.<sup>a</sup> Que algunas dificultades han sido creadas por obra y gracia de algún redactor, si tal nombre merece, poco conocedor de la historia (p. 73).

A propósito de la última conclusión, y también acerca del origen del libro, diremos que todo es posible, ciertamente. Admitimos, ¿cómo no?, que deben usarse los procedimientos usuales a la crítica; pero cuando éstos nos llevan a admitir en un libro sagrado redacciones y manipulaciones sin cuento, la angustia y la duda entran en el ánimo y nos fuerzan a preguntarnos: ¿Cómo se salva la inspiración? ¿Dónde queda la especial providencia divina para la conservación del libro? Son dos preguntas que no deben poner fin a la investigación, pero que conviene se tengan en cuenta.

Pero es que, además, algunas veces, en el uso de los principios críticos encontramos demasiada lógica (1). Se dice de Dan, 3,24-90, Cánticos de Azarías y de los tres jóvenes, que carecen de unidad, que su carácter compilatorio es evidente, para concluir que deben ser fruto de redacciones posteriores; aunque se admita, por otra parte, que está muy bien en boca de los compañeros de Daniel y que difícilmente se encontrará un lugar más adecuado donde colocarlos en la Biblia (páginas 15, 55, 57). Esto estará muy bien para quien raciocina bien sentado en la mesa de estudio. Mas, ¡cuántos «diarios de guerra» o escritos parecidos de nuestros mismos días, nos presentarían modelos muy semejantes a los bíblicos, compuestos de una manera ilógica, que no deja de tener su lógica!

El punto crucial de la exégesis del libro de Daniel está, como es cosa bien sabida, en determinar la *perspectiva histórica* a que miran literalmente las profecías de Daniel en su conjunto. P. Rinaldi se inclina decididamente por la tendencia actual, que sostiene que las visiones histórico-políticas terminan en Antíoco IV Epífanes (p. 5). Hemos leído y releído todas las razones aducidas, y no hemos podido persuadirnos de que el «cuarto reino» se identifica con el imperio sirio, o de que la profecía de las «70 semanas» se refiere a hechos del reinado de Antíoco IV. ¿Subjetivismo? ¿Influjo de escuela? En todo caso podría responderse que siempre lo hay en la exégesis y que no dejan de influir en el exégeta las corrientes y medio ambiente de su época: y la muestra es de minimización de lo sobrenatural. Confesemos que R concede que la identificación de «cuarto reino» con el imperio romano es sostenida por muchos Padres (p. 40), y que la interpretación mesiánica directa de las «70 semanas» tiene alguna probabilidad (p. 107).

Llama la atención, por ejemplo, que se rechace la identificación IV reino = imperio romano, en Dan. 2, por detalles históricos (pp. 40-41); y que, en cambio, en otro lugar se diga que «la elección de la expresión «70 semanas» quiere evitar una precisión que de ordinario es extraña a la profecía» (p. 107).

En las «Observaciones» al cap. 2, R. hace una descripción preciosa de la visión teológica de la historia aplicada en dicho capítulo al caso particular de los cinco reinos (p. 41 s.). Pues bien, si la profecía es de Daniel, como parece admitir el autor (p. 43), y se queda en el imperio sirio, diríase que la conclusión es insignificante para una concepción tan grandiosa.

En la «Nota V.—Sobre la visión del Hijo del Hombre» (pp. 84-87), con todo y admitir el sentido mesiánico, se dice (p. 86): «El sentido colectivo era el único apto para transmitir el concepto mesiánico a los primeros lectores, en aquellos tiempos de preocupación primordial por la conquista de la independencia y liberación de las tiranías, de íntima compenetración de los intereses espirituales y temporales...» Permítasenos algunas observaciones: 1.ª Es muy discutible el sentido colectivo del «semen» en Gen. 3,15 (p. 85). 2.ª R. mismo dice en la pág. 84, hacia el final: «En el mundo antiguo... el reino se identificaba de tal forma con el soberano que podía identificarse con él.» 3.ª Israel soñaba siempre en la restauración por obra de «un descendiente de David. 4.ª El vers. 14, en su sentido obvio, señala al Mesías individual, como viene a reconocer Lagrange (p. 85): ¿por qué, entonces, ir a buscar contextos lejanos para dar con un sentido colectivo? 5.ª Nos preguntamos, en fin: ¿Es que los primeros lectores tenían que verlo todo claro? ¿Y que sólo cuanto ellos podían ver claro era el sentido literal? Porque resulta, por vía de ejemplo, que hoy todavía, después de casi dos mil años de cristianismo, no todo el mundo cree.

En la «Nota VIII.—Interpretación de la profecía de las 70 semanas» (pp. 104-108) leemos: «El v. 24 es, por consiguiente, mesiánico directamente» (p. 105). ¿Será posible que, en cambio, no lo sean también los vv. 25-27, con los cuales está unido estrechamente?

«Con la interpretación histórico-típica... la distribución de los períodos procede de modo natural» (p. 106). Claro que entonces faltan sesenta y siete años en el último período; mas se responde, como notamos en otro lugar, que no se busque precisión matemática en aquellos números (!). Aquí habríamos deseado, además, que el clarísimo autor hubiere consignado alguna de las interpretaciones concretas de las «70 semanas», propuestas por los defensores de la interpretación mesiánica directa.

«Ni Jesús, ni los Apóstoles, al lado de las grandes profecías cumplidas en el Advenimiento de Cristo... citaron esta de Daniel» (pp. 107-108). Es el argumento del silencio—silencio que no es tan absoluto como parece (cf. p. 104 y Mt. 24,15 s.)—, que bien poco o nada prueba. ¿Tenían Jesús y los Apóstoles obligación de citar todas las profecías? ¿Es que está escrito todo lo que predicaron?

Hemos expuesto lealmente puntos de vista diferentes. No pretendimos con ello restar méritos a una obra que los tiene bien adquiridos. Nuestro voto es que se siga estudiando, para que se haga luz, con la gracia de Dios.

PABLO TERMES ROS.

PIETRO DE AMBROGGI: *Le Epistole Cattoliche di Giacomo, Pietro, Giovanni e Giuda* [en la *Sacra Bibbia*, XIV, 1]. Torino, Marietti, 1947. 247 × 173. (4) + 288 + (5) págs., 650 liras.

En la presentación de su comentario a las «Epístolas Católicas», De Ambroggi hace o recoge dos observaciones dignas de ser tenidas en cuenta: 1.ª, que estos breves escritos han sido como eclipsados por el «corpus paulinum», en la conside-